

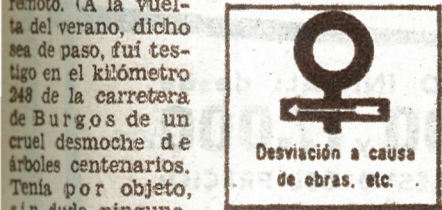
# Viaje en automóvil

Vengo de hacer ochocientos kilómetros por carretera y he salido indemne. Admito felicitaciones. La cosa fue porque, prácticamente, no tenía otro medio de acceso al lugar donde iba. Falta el avión, el tren no llegaba. Sí, sí... que nadie me tache de temerario: el viaje estaba justificadísimo. Entonces, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo, cogí el coche y salí camino adelante. Aún son cortos los días y la noche se me vino encima en seguida. Tuve ocasión de ver carros sin ninguna luz, camiones como los carros o ciclopes



Señal de peligro

con una sola y de sufrir, a cambio, que otros echasen las dos, potentísimas, sobre mí. La carretera abundaba en desviaciones, en obras de diversa finalidad y envergadura. Aquí se rectificaba un perfil, allí se acentuaba un peralte, aquí se agrandaba para acoger seguramente no el tráfico de hoy, harto menguado, si el de un mañana más o menos remoto. (A la vuelta del verano, dicho sea de paso, fui testigo en el kilómetro 249 de la carretera de Burgos de un cruel desmoche de árboles centenarios. Tenía por objeto, sin duda ninguna, ensanchar la carretera. Pero ¿de verdad era imprescindible talar los árboles de las dos márgenes? ¿No bastaba, en todo caso, con hacerlo en una? Era un espectáculo patético el de aquellos troncos derribados sobre la cuneta. Y vivía a ún nuestro tierno amigo Víctor de la Serna, luchador sin fruto contra los gigantes. ¿Qué será ahora, cuando ya murió, subitamente, dejando sin defensor tantas cosas bellas y frágiles?) Yo iba despacio—no es sólo la disciplina la que me hace embriar el motor, es también el miedo; no la atrición, lo confieso, la contrición—



Desviación a causa de obras, etc.



Velocidad máxima

subitamente, dejando sin defensor tantas cosas bellas y frágiles?) Yo iba despacio—no es sólo la disciplina la que me hace embriar el motor, es también el miedo; no la atrición, lo confieso, la contrición—

Pero no hay nadie como un contratista de carreteras para eso de encogerse de hombros ante los problemas y los riesgos del viandante. Los peligros que la zanja, el salto del pavimento a la roca viva, el inesperado corte, suscitan al conductor, le importan un bledo. A la adivinación de los faros de cada uno está encomendada la tarea de descubrir los obstáculos y de orillarlos como sea, tomando, de modo instantáneo, las decisiones oportunas. Eso de anunciarlos trescientos o doscientos metros antes es para indígenas de países cuyos reflejos operen con menor vivacidad que los españoles. En general, el contratista de lo que más se preocupa es de su publicidad. Suele brindársenos, sin usura, su razón social, su domicilio, hasta su número de teléfono, pero no se cuida de otra cosa. Y lo curioso es que ahora le imitan los ingenieros. Pues parece que eso que se llama bastante feamente señalización de carreteras ha comenzado de momento por la de los jefes provinciales. Bien está que sepamos, en los límites de sus jurisdicciones respectivas, quién asume la responsabilidad del tráfico. Claro que preferiríamos saber cuál es la curva peligrosa, cuál el badén, cuál el cruce y ver dibujadas, sobre el asfalto, esas líneas cuya continuidad o discontinuidad son, al otro lado de los Pirineos, auxiliares valiosísimos para la navegación en tierra firme... Pero, en fin, algo es algo.



Curva sencilla o múltiple

El caso es que una carretera española dista mucho de ser un rigodón amable. Según los datos oficiales, las víctimas de la circulación oscilan alrededor de los cien muertos y los mil heridos cada mes. Por si eso fuese poco, la proporción entre heridos y muertos es tres veces más alta que en Francia e Italia. Lo cual quiere decir que iniciar un viaje en automóvil es entrar en un campo de batalla en el que cada veinticuatro horas hay casi cuarenta bajas. Tales cifras, de verdad, escalofrían. Muchas avanzadillas de las que ganaron, con motivo, fama de heroicas durante la guerra, sufrieron una contribución de sangre inferior a la que se derrama en nuestros caminos a diario. Sin enredarme en la malla de las estadísticas y ceñido a la verídica crónica de mi viaje, declara-



Paso a nivel guardado

ré que, en varias ocasiones, estuve a punto de incrementar, con la mía personal, la ajena. El cesarismo de los camiones, el señoritismo de los deportistas me crearon graves conflictos. Las piedras abandonadas, sobre todo en la vecindad de los puertos—pequeños dólmenes de la insolidaridad ibérica—, me obligaron a quiebros arriesgados.

Profundamente inquieto me pregunto: "¿Es verdad tan difícil someter a canon la anarquía española?" Yo quisiera ser optimista. El tráfico pesado del que dimana la mayor parte de culpa, tanto por su vez como por la impericia, unas veces, el matonismo; otras, de quienes lo tripulan, suele hacerse por los mismos vehículos y sobre análogos trayectos. Servicios de viajeros, servicios de carga—pesado, piedra, gasolina—inciden periódicamente en las mismas rutas. Una política de severidad con los usuarios culpables y, sobre todo, de inflexibilidad con los reincidentes produciría muy pronto saludables efectos.



Cruzamiento de vías o bifurcación

La carretera española está vigilada como ninguna otra. No siempre se adivina qué misión cumplen sus peripatéticos rondadores, pero éstos son, si no en medios, en número, más que los que normalmente se encuentra uno por esos mundos de Dios. ¿Es excesivo pedir que se les motorice y se les instruya? ¿Es excesivo esperar de ellos que detengan al conductor para otra inquisición que no sea la de la propiedad del vehículo, la del origen de los neumáticos o la del tamaño y forma de la matrícula?

Se me ocurre que si la modernización de nuestra red de carreteras es empresa costosísima, la de sujetarla a un orden es asequible a todas las fortunas. Celebraríamos que algo se hiciera en ese sentido. Porque lanzarse a un viaje por carretera no es lógico que exija en nadie espíritu de aventura. Esa actividad es natural en el hombre de nuestro siglo y ha de ponerse en condiciones de que la ejercite sin demasiada exposición, sin que, por tanto, deba uno aceptar, considerándolas en justicia merecidas, felicitaciones de sus amigos y deudos al regresar ileso sencillamente de un viaje en automóvil.

Se me ocurre que si la modernización de nuestra red de carreteras es empresa costosísima, la de sujetarla a un orden es asequible a todas las fortunas. Celebraríamos que algo se hiciera en ese sentido. Porque lanzarse a un viaje por carretera no es lógico que exija en nadie espíritu de aventura. Esa actividad es natural en el hombre de nuestro siglo y ha de ponerse en condiciones de que la ejercite sin demasiada exposición, sin que, por tanto, deba uno aceptar, considerándolas en justicia merecidas, felicitaciones de sus amigos y deudos al regresar ileso sencillamente de un viaje en automóvil.



Peligro



Badén



Paso a nivel sin guardar